

C

Columna



Carlos Godoy Labraña,
obispo de Osorno

“El Patrón me llama y aquí estoy, listo y feliz”

Es el comentario que le hace el Padre Hurtado a uno de sus médicos de cabecera cuando le diagnosticaron un cáncer al páncreas. Era la tarde del 18 de agosto de 1952, cuando el Santo Chileno, levantando débilmente las manos y los brazos y encomendándose a la Virgen, falleció en el Hospital Clínico de la Universidad Católica. Cuentan las crónicas que numerosas personas acudieron al hospital con la finalidad de despedirse del sacerdote antes que este falleciera, entre ellos niños del Hogar de Cristo que reconocieron en él una verdadera visita de Dios.

Así lo relató uno de ellos: “No podía hablar, pero nos quiso tener cerca de él y se despidió con su mirada y con una sonrisa bondadosa. Yo guardo un recuerdo imborrable de ese último momento”.

Ciertamente que el Padre Hurtado marcó un hito fundamental en la vida de tantas personas que lo conocieron, que recibieron su consejo, su sabiduría y sobre todo su ejemplo de consecuencia con el evangelio de la misericordia. Naturalmente que, dentro de sus obras más significativas está el Hogar de Cristo, que surgió como una manera de brindar alimento, techo y abrigo a los más pobres y excluidos. No obstante, su mensaje fue más allá de lo que tradicionalmente se entendía por caridad (asistencia a los más pobres). Su reflexión, sus escritos y predicación pretendieron mover el corazón de todos a la solidaridad y a la construcción de una sociedad más justa.

No concebía un cristianismo que no se la jugara por forjar un mun-

do más humano y más fraterno. Decía: “La miseria no es un problema político, es un problema de fraternidad”. Su sentido de justicia era altísimo. Muy a menudo exhortaba: “El católico debe luchar con todas sus fuerzas valiéndose de todas las armas justas para hacer imperar la justicia”. Le escandalizaban las tremendas diferencias que había entre ricos y pobres: “Hay dos mundos demasiado distantes: el de los que sufren y el de los que gozan, y deber nuestro es recordar que somos hermanos y que en toda verdadera familia la paz y los sufrimientos son comunes”.

Con todo, habría que preguntarse ¿de dónde sacaba toda esa fuerza interior que lo movía con tanta pasión a luchar por la justicia? El Padre Hurtado era un hombre de profunda oración. Su vida giraba en torno a la Eucaristía. Concebía la oración como aquella llave que le permitía al cristiano tener los ojos bien abiertos ante el dolor humano. Su propósito esencial era hacer la voluntad de Dios: “La realización en concreto de lo que Dios quiere: he aquí la gran sabiduría. Todo el trabajo de la vida sabia consiste en esto, en conocer la voluntad de mi Señor y Padre. Trabajar en conocerla, trabajo serio, obra de toda la vida, de cada día, de cada mañana, ¿qué quieres Señor de mí...? Esta es mi gran misión, mayor que hacer milagros”.

El ejemplo del Padre Hurtado sigue tan vigente como siempre y puede ser una fuente de inspiración para un compromiso mayor de parte nuestra en la construcción de un mundo más humano y fraterno.